



## Capítulo 641: Otra Diosa del Amor.

La niebla que envolvía el portal se disipaba como humo cortado por un viento frío.

Virgilio sintió el suelo húmedo bajo sus pies —un suelo vivo, cubierto de espeso musgo, hojas enormes y raíces entrelazadas que parecían latir con su propia energía. El bosque era antiguo. Demasiado antiguo. El tipo de lugar donde los árboles llevaban recuerdos y los cielos se inclinaban para escuchar secretos.

Zafiro respiró profundamente, como si oliera algo familiar.

Virgilio miró a su alrededor, con los ojos atentos.

"...¿Dónde estamos?"

Zafiro dio unos pasos, apartando una rama con indiferencia, como si fuera dueña del lugar. "Vanaheim, un poco más lejos de todo. Yo diría que estamos bastante lejos de cualquier civilización cercana."

Vergil levantó una ceja. "¿Y a quién exactamente vamos a ver ahora?"

Zafiro se giró ligeramente y miró a Virgilio con los ojos llenos de codicia. "Voy a cobrar otro favor. De cierta diosa del amor." "Tienes bastantes personas a las que extorsionar favores, eh? Impresionante." Vergil le comentó a su esposa, quien sonrió.

"¿Lo olvidaste? Somos demonios y yo soy primordial. Generalmente somos nosotros los convocados por los dioses. Los pequeños demonios son inútiles. Y por supuesto, conseguí casi todos los contratos, ya que soy un demonio



conocido por matar a mucha gente." Ella se rió orgullosa; hacía mucho tiempo que Vergil no la veía tan feliz de ser quien era.

Luego respiró profundamente, recordando lo que ella acababa de decir... "Oh, mierda... ¿Voy a conocer a otra diosa del amor?"

El tono no era exasperado. Era la voz de alguien que revivía recuerdos traumáticos específicos— y lo suficientemente brillante como para provocar malos sentimientos.

Zafiro dio una risa corta, seca y casi cruel. "Sí."

Virgilio se pasó una mano por la cara, murmurando: "Genial... la última vez casi me persigue Afrodita intentándolo... No sé qué hacer conmigo. Esa perra loca."



Suspiró de nuevo.

Largo. Pesado. El suspiro de un hombre que había visto demasiadas deidades en un día.

Zafiro levantó la barbilla con satisfacción arrogancia. "Esta diosa es menos problemática que esa diosa virgen idiota."

"...Virgen. Afrodita. Diosa del sexo. No tiene sentido." Comentó riéndose levemente.

Zafiro resopló. "Ella es virgen, nunca tocó a nadie. La mitología fue un gran marketing para ella, la humanidad es bastante tonta. Crearon una diosa perfecta e inalcanzable. Y ella aceptó su propia mentira."



Virgilio levantó las cejas. "Impresionante. Una diosa del sexo siendo virgen."

Zafiro levantó un dedo. "Y no es su culpa por ser perfecta." Continuó, con la aguda calma de alguien que afirmaba un hecho universal:

"Los hombres generalmente se sienten disminuidos al lado de algo muy por encima de ellos. Su belleza, su aura, su poder emocional... Por eso nunca se acercó a un hombre. No soportan estar cerca de ella más de unos minutos."

Caminó más adelante, apartando enormes hojas que brillaban con partículas doradas. "Es como intentar abrazar el sol. Todo el mundo se derrite." Ella comentó, riendo, y continuó caminando.

Virgilio, al oír esto, se puso algo pensativo. Después de todo... 'Yo estaba cerca de Afrodita y nada de esto pasó... en realidad, pensé que ella era bastante normal... no era todo eso.' Pensó y Zafiro sintió su mirada perdida.

Dándose la vuelta, con el pelo rojo balanceándose como fuego, preguntó: "¿En qué estás pensando, Virgilio?"

Parpadeó y regresó al presente. "...Nada mucho. Simplemente calculando el impacto de... conocer a otra diosa." Comentó riéndose levemente.

Ella entrecerró los ojos y lo evaluó por un segundo.

Entonces ella sonrió. "Relájate. Éste está tranquilo. Mucho más suave. Ella no intenta demostrar nada al universo. O intenta coquetear con algo que no sea ella."

Virgilio cruzó los brazos. "¿Quién es ella, de todos modos?"



Zafiro respondió: "Freyja."

El bosque tembló —como si incluso su nombre tuviera peso.

Vergil respiró profundamente. "...¿Freyja del Vanir? ¿La de las runas? ¿El de la magia primordial?"

Zafiro sonrió con orgullo. "Y el del amor. Sí."

Virgilio cerró los ojos. "Genial. Otra diosa para intentar comprender."

Zafiro caminó hacia él, le puso una mano en el pecho —ligera, cálida— y le dijo: "A diferencia de Afrodita, ella no intenta ser perfecta. Ella es imperfecta. Y eso es lo que la hace fuerte."



Virgilio estudió su rostro.

Zafiro añadió: "Y ella me debe."

"¿Qué exactamente?"

Zafiro sonrió como si llevara un secreto peligroso. "Un pedazo de su alma."

Virgilio... se detuvo. "...¿Qué?"

"Te lo explicaré más tarde." Ella le extendió la mano. "Vamos. Ella debe estar en el santuario."



Virgilio dudó. "...¿Y crees que cooperará?"

"Ella cooperará."

"¿Por qué te debe?"

"Porque ella me teme." Zafiro sonrió ferozmente. "O porque ella me ama. Depende del tiempo."

Virgilio permaneció inmóvil.

Completamente inmóvil.

"...Zafiro. ¿Robaste el alma de una diosa del amor?"

Ella parpadeó. "Dije que lo explicaría más tarde. Y no robé, lo recibí por mi trabajo demoníaco."

Y ella comenzó a caminar entre los árboles —que se inclinaban a su alrededor, abriendo paso.

Vergil respiró profundamente y la siguió.

Mientras caminaban, el bosque se volvió más brillante y dorado. Las flores se abrieron al pasar. Los destellos rosados y dorados flotaban en el aire, como polvo de magia de amor.



Virgilio observó todo en silencio.

La luz cambió.

No fue gradual—fue repentino, como si alguien hubiera levantado un velo invisible y todo el brillo del bosque hubiera decidido concentrarse en un solo punto por delante.

El sendero cubierto de musgo se abría a escalones de piedra blanca, demasiado antiguos para medirlos, cubiertos de runas vivas que pulsaban con energía dorada. El aire se volvió más cálido... luego más ligero... luego casi embriagador.

Vergil sintió que su cuerpo reaccionaba —le picaba la piel, su pulso se aceleraba sin previo aviso. Miró a Zafiro.

"...¿Qué es esto?"



"El límite de su dominio," Sapphire comentó casualmente, como si estuviera discutiendo el clima. "El templo está justo allí."

Y así fue.

Un santuario construido con raíces entrelazadas, oro, piedras transparentes y enormes pétalos que parecían flotar incluso sin viento. Cada columna emanaba un brillo rosado y cada respiración parecía atraer un poco de la energía del lugar hacia su pecho.



Vergil sintió ese poder como una ola—cálida, envolvente, seductora de una manera que no era sexual... era emocional. Como si el aire intentara abrazarlo desde dentro.

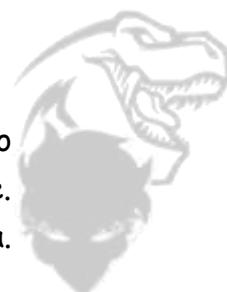
Zafiro se detuvo abruptamente al pie de las escaleras.

Ella se volvió hacia él, ahuecándole la cara con ambas manos y presionando sus pulgares contra sus mejillas.

"Virgilio. Concentra toda la energía que puedas. Ahora."

"...¿Entonces no te desmayas?" Preguntó, levantando una ceja, una mezcla de confusión y ligera preocupación.

"SÍ. Solo hazlo. Concéntrate en el núcleo, el aura, estabiliza todo." Zafiro ordenó, su tono lo suficientemente serio como para no dejar lugar al debate. "Si entras sin estar preparado, caerás de bruces cuando su aura te envuelva. Y no te llevaré."



Virgilio respiró profundamente, activando instintivamente su energía —las llamas de Agares, la frialdad de Nivara, la presión de la Muerte, la ondulación del viento de Sitri, la sangre de Baal—, todo comprimiéndose en un punto, reforzando su centro.

Cuando lo hizo, la sensación de entumecimiento disminuyó... un poco.

"Esto es ridículo." Él murmuró. "Solo su control ya—"

"Cállate y camina. Ella está en la piscina."



Virgilio parpadeó. "Piscina."

"Sí. No es difícil de entender. Acum haide."

Ella lo subió las escaleras.

Cada paso parecía más pesado. No físicamente—emocionalmente. Como si el aire abriera insistentemente las capas de su corazón y agitara todo lo que había dentro.

Vergil mantuvo un aura constante, músculos tensos y concentración absoluta.

A medida que cruzaban el corredor principal —paredes llenas de flores vibrantes y luz brillante—, Sapphire simplemente siguió a través de corredores naturales hasta llegar a un área abierta detrás del templo, donde la luz dorada parecía concentrarse.

"Ella está ahí," anunció Zafiro, como si dijera lo obvio.

Vergil respiró profundamente, listo para cualquier cosa.

Pero nada —absolutamente nada— podría haberlo preparado para lo que vio cuando dieron el último paso y entraron al jardín detrás del templo.

Virgilio se congeló.

Todo su cuerpo.

Toda su alma.



Cada una de sus respiraciones.

Allí, en una piscina natural formada por aguas brillantes que reflejaban el cielo como si fuera oro líquido...

...era la mujer.

La luz dorada que bañaba el santuario parecía doblarse, distorsionarse—como si el aire mismo reaccionara a su presencia.

Virgilio se congeló.

Literalmente.

Su cuerpo se congeló en el instante en que sus ojos aterrizaron en la figura al borde de la piscina. El agua azul brillante reflejaba puntos de luz en el techo de piedra, pero todo eso desapareció para él. Sólo estaba ella.

FREYJA.

No la forma inmortal, glorificada por mitos distorsionados.

No la lejana reina de las runas.

Pero la mujer —viva, presente, real— sentada con las piernas en el agua como si gobernara el amor del mundo entero fuera una actividad secundaria.



Lo primero que Vergil notó fue la calidez.

No calidez sensual—sino calidez humana. Un halo suave y natural, como el resplandor de una puesta de sol nacida dentro de ella.

Su cabello, largo y oscuro como madera húmeda después de la lluvia, caía por su espalda y hombros, apelmazados en mechones brillantes. Las hebras tenían reflejos dorados —no artificiales, sino como si transportaran partículas de su propio cielo.

Su piel era cálida, radiante, no excesivamente, pero con la facilidad de alguien que sabe exactamente quién es. Piel que parecía haber sido besada por la luz, por las estaciones, por los mismos vientos de Vanaheim.

El vestido claro y translúcido que llevaba no era llamativo— era ritualista. Las telas etéreas caían en capas suaves, revelando lo suficiente para mostrar armonía, pero manteniendo la dignidad que sólo una diosa consciente de su propio poder puede poseer. Cadenas doradas rodeaban sus caderas, brazos y cintura como si no fueran accesorios, sino extensiones naturales de su aura.

El agua reflejaba esos pequeños adornos— y cada brillo hacía que Freyja pareciera parte de la luz misma.

Y luego... los ojos.

Esa mirada ámbar, intensa pero suave, se encontró con Virgilio durante un microsegundo.

Y ese instante fue suficiente para que el mundo entero perdiera su sonido.



No hubo seducción.

No había ninguna intención.

Fue simplemente... puro poder emocional.

Una calidez que abrazaba, que acogía, que comprendía— y que, por su propia naturaleza, era lo suficientemente fuerte como para derribar ejércitos.

Freyja sonrió.

"Ha pasado tanto tiempo." Freyja dijo, sonriéndole a Sapphire: "Te extrañé."  
Ella le sonrió suavemente a Zafiro.



A diferencia de la reacción de Fafnir, Brokk y Sindri... Freyja estaba feliz de ver a Zafiro. [freewebnovel.com](http://freewebnovel.com)

"No estoy disponible para las relaciones, lo siento," dijo Sapphire, agitando la mano, "Él tampoco. Por favor, baja el tono de su aura seductora. Él todavía es un niño."

Virgilio miró a Zafiro... "¿Un niño?"

"Tranquilo, no quiero verte convertirte en esclava sexual", dijo Sapphire y miró a Freyja.

Freyja miró a Zafiro. "Ignoró el efecto. ¿De qué estás hablando?"

Zafiro la miró y luego a Virgilio. "¿Hm?"



"¿Cómo hiciste eso?" Zafiro interrogado, "Incluso yo me estoy absteniendo de atacar a esa mujer."

Virgilio la miró. "¿Por qué debería dejarme seducir por una mujer que acabo de conocer?"

"¿Eh?" Preguntaron Zafiro y Freyja, como si acabaran de oír una blasfemia.

